

Lagartos en la nieve

Itzel Guevara Del Ángel

A pesar del frío, de la tormenta de nieve que había sorprendido a la ciudad, el Tap estaba abierto. Como de costumbre, la iluminación era mala, todo parecía estar hecho de sombras, era como si al cruzar la puerta de cristal el mundo se hubiera apagado. Se distinguían unos cuantos cuadros colgados en las paredes, cuadros que exaltaban la belleza de la raza azteca: hombres y mujeres de cuerpos esbeltos en posturas insinuantes, dispuestos para el amor entre pirámides, penachos y nopales. Algunos espejos enormes con marcos pesados, o al menos esa impresión daban, duplicaban los muebles de piel pegados a la pared. Al fondo, la mesa de billar: un armatoste obsoleto con las patas podridas y el paño rasgado. Y, en la esquina, justo en el pasillo que llevaba a los baños, destellos rojos, intermitentes, anunciaban la palabra *Exit*.

Se sentó en la barra y le pidió a Nancy, en otra ocasión sería a Mireya, una jarra de *blue moon*. “Aquí tienes, cariño”, le dijo mientras ponía frente a él la jarra de cerveza clara, acompañada de un vaso con una rodaja de naranja incrustada en el borde. Como de costumbre, había poca gente.

Los eventos se fueron confundiendo unos con otros, la monotonía de los días lo hacía difícil. Había llegado hace seis o siete años. Ni él mismo lo tenía claro. A partir del

cuarto año dejó de establecer conexiones, por eso dejó de importarle.

Llegó con una beca para estudiar una especialidad en ingeniería ambiental, beca que estuvo a punto de perder por no poder comprobar que tenía plata suficiente para vivir un año sin problemas. Pero ¿cómo diablos iba a comprobar algo que ni remotamente en sueños podría tener?, si en el Liceo le pagaban una miseria por la hora de clases y, aunque se la pasaba trabajando todo el día, aunque enseñaba Biología, Física y Matemáticas, apenas le alcanzaba para cubrir el alquiler del cuarto y las compras semanales. Como pagaban la aplicación y la calificación de los exámenes extraordinarios aparte, muchas veces se vio en la necesidad de reprobar alumnos para obtener algo extra. “¿No es irónico? Te dan una beca, pero tienes que demostrar que no la necesitas”.

“Si yo tuviera esa plata, no estaría pidiendo una beca, señorita”, solía decirle a cuanta secretaria del Departamento de Admisiones se ponía al teléfono. Lo que sucedió fue prácticamente un milagro porque, en un gesto de apoyo sin precedentes hacia la juventud, y que jamás se repitió, el consulado de su país accedió a firmar como aval.

Aunque invariablemente terminaba en el Tap los fines de semana, y alguna que otra noche después de clases, él prefería los miércoles, porque era el día en que se presentaban

The Mississippi Boys. La primera vez que los escuchó estaba tan emocionado que se acercó al guitarrista, un negro enorme que debía pesar más de 250 libras, y le pidió su autógrafo.

Hasta ese momento cayó en cuenta de que nunca antes había visto un negro de edad madura y que no le había pasado por la cabeza el hecho de que las canas son canas sin importar la raza. Por eso, se sorprendió tanto cuando conoció a Jasper, con su barba pinta como de zorrillo. En todo el tiempo de conocerlo jamás supo cómo era su cabello, porque Jasper siempre traía una pañoleta amarrada sobre la cabeza. Quizás era calvo y por eso la usaba, quizá tenía el pelo completamente blanco.

Sucedía con frecuencia que, después de tres rondas de canciones, cuando el resto de la banda tomaba un descanso, Jasper se quedaba en la diminuta pista, bajo la bola de espejos que, mientras daban vueltas, iban disparando luces en todas direcciones, y con los ojos cerrados, moviéndose lentamente, interpretaba un solo con su guitarra.

Mirarlo ahí, bajo las luces, lo hacía sentir un voyerista, un tipo cualquiera presenciando a otro en la intimidad: mientras duerme, se baña, orina, se excita o llora. Había algo de vergonzosa incomodidad en todo aquello, pero le era imposible repeler la atracción del milagro de Jasper y su guitarra.

Llegó en un vuelo de tres escalas porque era el más barato. Antes de hacer su solicitud de ingreso no sabía siquiera que existía esta ciudad. El Paso no es un nombre que se recuerde, ni siquiera estaba seguro de que fuera un nombre. Mucho menos sabía que era una combinación gringa y mexicana y que la mayoría de las veces no sabes en qué país estás.

Desde el avión vio el desierto extendido por kilómetros. A donde volteara todo era

café, las montañas, los arbustos, la arena, la tierra. Pensó en su ciudad, en que la había dejado en medio de un aguacero ruidoso, con las calles y los techos de las casas y los patios húmedos. “¿Sabes cuántos tonos de verde existen?”, solía preguntarle a cualquier que estuviera sentado a su lado en la barra. “Yo tampoco, pero, si conocieras mi ciudad, te volverías loco de tanto verde: verde oruga, verde limón, verde hoja de plátano, verde botella, verde agua, verde seco, verde loro”.

Vio la porción de desierto que cabía en la ventanilla del avión y sintió miedo. La ciudad le pareció pequeña y solitaria. Al principio, salía a caminar los fines de semana para ver gente. Iba a la biblioteca pública, recorría las tiendas del centro, se metía en algún café. Pero, apenas tomaba el camino de vuelta, las calles comenzaban a vaciarse, los edificios se iban convirtiendo en simples fachadas, en escenografías de un set olvidado a mitad del desierto sin más contenido que el polvo acumulado por años.

Y la universidad resultaba aún peor, porque de esas aceras llenas de estudiantes caminando en ambas direcciones como un río perfecto de aguas organizadas que van y vienen, de ese mar de autos que eran los cinco estacionamientos, de las áreas comunes donde a horas pico era imposible encontrar un asiento disponible para estudiar, de la energía vibrante que bullía y se respiraba y exhalaba durante la semana en ese microcosmos que era la universidad, nada quedaba, excepto el recuerdo.

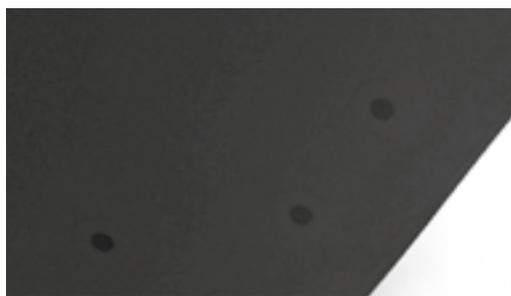
Aunque ahora decía que ya estaba del todo habituado al paisaje, en aquel tiempo le producía una sensación tan extraña que a menudo intentaba ponerle nombre o darle alguna explicación: sensación de programa de televisión de los años cincuenta, de personaje de *Crónicas marcianas*, sensación de estar soñando y no saberlo.

Hoy era miércoles, como de costumbre estaba contándole su historia a cualquiera que se sentara a su lado. Por lo general, no lo escuchaban, apenas terminaban su cerveza se marchaban o, a veces, ni siquiera eso, tomaban la botella con el líquido a la mitad y cambiaban de lugar. Hablaba de cosas que a nadie le importaban. Cuando no había clientes, Mireya, una mexicana que nunca había vivido en México, le pedía que le contara de los aguaceros, de los ríos que se formaban en las calles, de esas frutas con nombres raros que siempre mencionaba.

Le estaba contando a un hombre joven que la beca le había durado dos años y que, después de eso, la universidad lo contrató para dar algunas clases a los alumnos recién egresados de la High School; que, por más que insistió, por más que se presentó cada inicio de cursos con cartas de recomendación de sus maestros para acceder a la enseñanza en el Departamento de Ingeniería, sus solicitudes fueron rechazadas año tras año. “¿Dónde está Jasper?”, le preguntó al hombre, interrumpiendo abruptamente el hilo de la historia. El hombre no respondió, únicamente movió los hombros en un ademán de indiferencia que bien pudo significar: “no sé, a quién le importa o quién diablos es Jasper”.

Era miércoles y el grupo tardaba en aparecer, ni siquiera estaban puestos los instrumentos ni conectados los amplificadores. Bajó la mirada buscando su reloj, pero al cabo de un momento soltó un “¡maldita sea!”. Lo había olvidado o, peor aún, “otro reloj perdido”, se dijo lleno de frustración.

Hacía menos de tres meses, en la noche de Halloween, había llegado al Tap porque le habían dicho que habría comida gratis. El bar estaba atestado, como pocas veces, y, a excepción de él, todos iban disfrazados. Vio pasar un edificio en llamas de la mano



El Paso no es un nombre que se recuerde, ni siquiera estaba seguro de que fuera un nombre. Mucho menos sabía que era una combinación gringa y mexicana y que la mayoría de las veces no sabes en qué país estás.

de una chica bombero, unos hermanos siameses, algunos jorobados, demonios y zombis. Antes de abrir la barra de comida, se organizó un concurso de disfraces que terminó ganando, ante su propia incredulidad, un tipo en *jeans* y camisa deportiva con una máscara de Blue Demon. Esa noche estuvo bebiendo junto a un reo, con su traje a rayas y su grillete. En algún momento, se quitó el reloj y se lo pasó para que lo observara en detalle, luego se paró para servirse más alitas picantes. Cuando volvió, reloj y reo habían desaparecido.

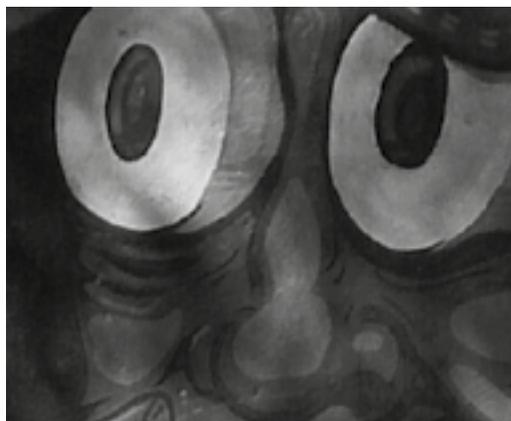
La frustración por haber recordado el asunto del reloj fue mayor al percatarse de que no tenía nada para beber, de que Nancy había cumplido la amenaza de no servirle más por esta noche. “Vete a casa, cariño, hoy te haría bien dormir temprano”, le había dicho. “¿Dormir temprano? —contestó irritado— ¿Tú que carajos sabes sobre dormir temprano? Y sírveme otra maldita cerveza”. Ahí fue cuando tomó el vaso y lo golpeó contra la barra para demostrarle que con él no se discutía. “Ah, sí, se rompió”, ahora lo recordaba.

Pobre Nancy, no debió hablarle así, no se lo merecía. Pero no toleraba que las mujeres lo trataran como si fuera su hijo, ¿por qué todas terminan convirtiéndose en madres, preocupándose por si había comido, si bebía demasiado, si dormía mucho o poco? Todas creían saber lo que él necesitaba. “Por Dios, si soy un hombre y ustedes quieren castrarme”.

Nancy lo estaba ignorando y su vasta experiencia le decía que a esa mujer no había forma de sacarle un trago más. Al levantarse del asiento giratorio, estuvo a punto de caer. Se fue sosteniéndose de la barra y luego de los asientos hasta alcanzar el baño. Empujó la puerta y se dio de frente con el espejo. Después de examinarse unos instantes, vio la mancha en sus pantalones, tardó en reconocer que se había meado. “Lo siento Nancy, no quise..., no fue mi intención”, le dijo al volver del baño. “¿Dónde está Jasper?”.

Hoy era miércoles, hoy supo por voz de Nancy que *The Mississippi Boys* no tocarían más. Se habían mudado a Oklahoma, los habían contratado en un lugar mucho mejor que esta pocilga, en un lugar de verdad elegante. “Pero, si cualquier lugar es mejor que esto”, pensó. Hoy supo que Jasper había obtenido su oportunidad.

Salió del bar tambaleándose, salió a la calle vacía. Pasó junto al edificio del Wells Fargo, gris e imponente, con los cajeros para automovilistas en la planta baja, cuyo aspecto de gasolinera subterránea siempre le provocaba desconfianza, y su diligencia de neón arrastrada por seis caballos que cuelgan sobre la parte superior de la fachada.



Era tan blanca, tan
pura, nieve virgen.
Había caído del
cielo y se había
quedado ahí, justo
ahí, para que él
pudiera verla. El
cansancio era atroz,
los ojos le pesaban,
el cuerpo deseaba
abandonarse a la
inconciencia, a esa
cosa oscura donde
nada es, donde
nada está.

Más allá estaba el Dollar General, que anunciaba con cartulinas fosforescentes que las sopas enlatadas estaban a tan solo 75 centavos. “¡Setenta y cinco centavos! ¿Qué puedes comprar con eso?”. Los publicistas de sopas Campbell seguramente dirían que un momento para recordar y, a continuación, mostrarían la imagen de una familia feliz, de una madre que da amor y sopa de ciudad. Y entonces no supo a dónde ir.

Sabía que tenía una casa, pero ¿qué importaba?”. Una casa debería ser algo más que un lugar donde dormir, debería ser conocer el camino de vuelta, o tener el deseo de volver, debería ser una guarida contra el mundo, una muralla, una fortaleza, una realidad creada aunque esta solo constara de una cocineta, una recámara y un baño.

En una ocasión, durante el primero año, había cruzado junto con unos compañeros la frontera del estado para lanzarse desnudo en el mar de dunas blancas del parque White Sands. Era una especie de ritual universitario, de liberación espiritual o de celebración por la juventud donde poco importaba que la arena se metiera en cualquier orificio corporal, se pegara a los vellos y dejara sus residuos sobre los asientos y tapetes del automóvil en que los temerarios jóvenes viajaban. Al volver, se desviaron hacia Las Cruces para comer pizza y cargar combustible.

Mientras daban vueltas buscando la salida, vio el Burger King. Solo fue un instante, apenas tuvo unos segundos para observar el pasto del frente, descuidado y demasiado crecido, un cristal roto y cubierto con plástico blanco, la basura regada y la desnudez del interior, que contrastaba con el tendedero lleno de ropa, amarrado de la reja de metal que separaba el área de juegos de la calle. No vio a nadie, no tuvo tiempo, pero cuánto hubiera querido hacerlo. Saber cómo se las arreglaban, saber si un Burger King

podía ser considerado una casa, saber si lo llamaban casa.

La plaza estaba cubierta por una fina capa de hielo que se esparcía de manera irregular y brillaba por el reflejo de la luz de los faroles. No creyó que el hielo estuviera tan resbaladizo como para hacerle perder el equilibrio y provocarle la contracción de los músculos al tratar de resistir la inminente caída.

Pensó en el ruido que debió de acompañar la caída y en el hecho de no haberlo escuchado, en la posibilidad de haberse hecho daño, en una costilla rota, en moretones, en el dolor que no sentía, en el invierno. No intentó levantarse, estaba cansado, fijó la vista un poco más arriba, en la fuente de los lagartos, fue entonces cuando vio los reptiles de piedra cubiertos por la nieve, por esa masa blanca que le seguía iluminando la cara. Tantos años aquí y aún esperaba con ansia ver la primera nevada, aún sentía que estaba en el trópico, donde la nieve solo está disponible dentro de un cono para comerse, nunca así, regada por las calles, regada sobre los autos y las casas y los patios.

Era tan blanca, tan pura, nieve virgen. Había caído del cielo y se había quedado ahí, justo ahí, para que él pudiera verla. El cansancio era atroz, los ojos le pesaban, el cuerpo deseaba abandonarse a la inconciencia, a esa cosa oscura donde nada es, donde nada está.

Hizo un gran esfuerzo por mantenerse despierto. Pensó que, si en aquel momento pasara una patrulla o una ambulancia e intentara levantarlo, lucharía como le fuera posible, lanzaría patadas, golpes, gritaría, se aferraría al asfalto. Haría lo que fuera necesario para quedarse ahí, admirando esos bellos ejemplares de zonas húmedas y calientes que hoy, quizás solo por hoy, le regalaban este espectáculo. Tenía que grabarse la imagen antes de que el sol saliera y derritiera la nieve. ■